

O. HENRY
Obras – Colección
de O. Henry

William Sydney Porter

Índice

Primavera a la carta
Tragedia en Harlem
Un amante tacaño
Un cosmopolita en un café
Un hombre de ciudad
Un sacrificio por amor
La reforma recuperada
La última hoja
La venganza de Cisco Kid
La voz de la ciudad
Los caprichos de la suerte
Mammon y el arquero
Memorias de un perro amarillo
Mientras el auto espera
Némesis y el vendedor de caramelos
Pasajeros en Arcadia
Por correo
El sueño
El teatro es la vida
El tributo del éxito
El valor de un dólar
La duplicidad de Hargraves
La habitación amueblada
Best-seller
Desde el pescante del cochero
Después de 20 años
El alegre mes de mayo
El guardia y la antífona
El péndulo
El regalo de los Reyes Magos
El romance de un ocupado bolsista

O. Henry
(William Sydney Porter)
Estados Unidos: 1862-1910

Copyright 2015 IberiaLiteratura. All rights reserved.

Primavera a la carta

Corrían los primeros días de la primavera.

Nunca jamás se debe comenzar un cuento de este modo, cuando se escribe. No hay apertura peor. Es seca, sin relieve, carente de imaginación y, según todas las probabilidades, sólo ha de contener viento. Pero en este caso resulta permisible. Pues el párrafo siguiente, que debería haber inaugurado la narración, es demasiado extravagante, descabellado y ridículo para que se lo lance a la cara del lector, sin preparación alguna.

Sara estaba llorando sobre el menú.

¡A quién se le ocurre! ¡Una neoyorquina derramando lágrimas sobre el menú!

Para explicar este hecho, se permitirá al lector pensar que se habían terminado las langostas, o que ella había hecho promesa de no comer helados durante la Cuaresma, o que acababa de pedir cebollas, o que terminaba de ver una película muy triste. Y luego, considerando que todas estas teorías son erróneas, se dignará el lector permitir que el relato continúe.

Cierto caballero afirmó una vez que el mundo era una ostra y que él la abriría con su espada; en realidad, acertó más de lo que merecía. No es difícil abrir una ostra con una espada. Pero ¿alguna vez se vio que alguien tratara de

abrir a ese terrestre molusco utilizando una máquina de escribir? ¿Querría esperar a que abran una docena con tal sistema?

Sara había logrado apartar las valvas con esa incómoda arma, lo bastante como para mordisquear un poquito el frío mundo interior. Sabía tan poca estenografía como una recién graduada de la escuela de comercio.

Por lo tanto, incapaz de taquigrafiar, no podía ingresar a la brillante galaxia de los talentos oficinescos. Trabajaba como mecanógrafa independiente, haciendo copias para quien se lo pidiera.

En su batalla contra el mundo, su triunfo mayor había sido el trato hecho con el restaurante Schulenberg, Comidas Caseras. Ese local estaba junto al viejo edificio de ladrillo en donde ella alquilaba un cuarto. Una noche, después de consumir los cinco platos del Menú Fijo Schulenberg de Cuarenta Centavos (servidos con la misma celeridad con que se arrojan cinco pelotas en el béisbol), Sara se llevó la lista de comidas. Estaba redactada en una escritura casi ilegible, que no era inglés ni alemán, y dispuesta de modo tal que, si uno no se andaba con cuidado, empezaba la cena con escarbadientes y budín de arroz, para terminarla con sopa y el día de la semana.

Al día siguiente, Sara presentó a Schulenberg una pulcra tarjeta en donde se leía el menú, bellamente mecanografiado, con las viandas tentadoramente dispuestas bajo los encabezamientos adecuados, desde “Antipastos” hasta “No nos responsabilizamos por la pérdida de sobretodos y paraguas”.

De inmediato, Schulenberg se convirtió en ciudadano naturalizado. Antes de que Sara lo dejara ir habían llegado afablemente a un acuerdo: ella debía proveer listas de platos mecanografiadas para las veintiuna mesas del

restaurante (una nueva por cada día), más las correspondientes al desayuno y al almuerzo, con tanta frecuencia como lo requirieran los cambios de menú o la pulcritud de las tarjetas.

A cambio, Schulenberg le enviaría tres comidas diarias a su habitación, por medio de un mozo (obsequioso, de ser posible) y le proporcionaría, todas las tardes, un borrador a lápiz de lo que el Destino depararía a los clientes de Schulenberg al día siguiente.

El acuerdo funcionó para satisfacción de ambos. Los comensales del restaurante pasaron a saber cómo se llamaba lo que comían, si bien a veces los intrigaba su naturaleza. Y Sara tuvo comida asegurada a lo largo de un invierno frío y oscuro, lo cual era su mayor interés.

Pero entonces el almanaque, mentiroso, dijo que había llegado la primavera. La primavera llega cuando llega. Las heladas nieves del crudo invierno aún yacían, inexorables, sobre las calles de la ciudad. Los organillos seguían tocando *En los buenos tiempo del verano*, con tanta vivacidad y sentimiento como al concluir el otoño. Los hombres empezaron a librar pagarés a 30 días para pagar vestidos primaverales. Los porteros suprimieron la calefacción. Y cuando ocurren estas cosas, uno puede estar seguro de que la ciudad sigue en las garras del invierno.

Aquella tarde, Sara temblaba en su elegante dormitorio separado por un tabique del resto de la sala, “calefacción; limpieza esmerada; comodidades; ver para creer”, sin nada que hacer salvo los menús de Schulenberg. Sentada en su chirriante mecedora de mimbre, miraba por la ventana. El calendario de la pared insistía en gritarle: “Llegó la primavera, Sara, te digo que llegó la primavera. Mírame, Sara: mis números lo dicen. Y tú, Sara, tienes una silueta

primaveral. ¿Por qué miras por la ventana con tanta tristeza?”

El cuarto de Sara estaba en la parte trasera de la casa. Al mirar por la ventana sólo veía un alto muro de ladrillos, sin aberturas, correspondiente a la fábrica de cajas de la calle siguiente. Pero ese muro era del más puro cristal, y la muchacha contemplaba una pradera cubierta de césped, sombreada por cerezos y olmos, bordeada por matas de frambuesa y rosales silvestres.

Los heraldos reales de la primavera son demasiado sutiles para la vista y el oído. Algunos necesitan ver florecido el azafrán y estrellado el bosque de cornejos, o escuchar la voz del mirlo, e incluso un recordatorio tan grosero como la despedida de las ostras y el alforfón en retirada, antes de recibir a la dama de verde con sus pechos entumecidos. En cambio, para los hijos dilectos de este viejo mundo, hay mensajes directos y dulces de la nueva esposa, diciéndole que no serán hijastros a menos que así lo prefieran.

En el verano anterior, Sara había ido al campo, donde se enamoró de un granjero.

(Al escribir un cuento nunca se debe retroceder así. Es mala literatura y mutila el interés. Es preciso dejar que la acción camine y camine.)

Sara pasó dos semanas en la granja Sunnybrook, donde llegó a enamorarse de Walter, el hijo del viejo Franklin. Muchos granjeros han sido amados, desposados y enviados a pasturas en menos tiempo. Pero el joven Walter Franklin era un agricultor moderno. Tenía teléfono en los establos y sabía exactamente qué efecto causaría la cosecha de trigo de Canadá, el año siguiente, en las papas plantadas durante la luna nueva.

Fue en esa sombreada y aframbuesada pradera, donde Walter le hizo la corte y la conquistó. Allí se habían sentado juntos, tejiendo una corona de dientes de león para su pelo. Después él alabó exageradamente el efecto de los capullos amarillos contra sus cabellos castaños; ella dejó allí la corona y volvió a la casa agitando en las manos el sombrero de paja.

Debían casarse en la primavera... con las primeras señales de la primavera, había dicho Walter. Y Sara volvió a la ciudad para castigar su máquina de escribir.

Un golpe a la puerta borró las visiones de Sara sobre aquel día feliz. Un mozo traía el borrador a lápiz de Comidas Caseras, redactada con la escritura angulosa del viejo Schulenberg. Ella se sentó ante la máquina y puso una tarjeta entre los rodillos. Era hábil mecanógrafa; por lo general, una hora y media le bastaba para terminar los veintiún menús.

Ese día, los cambios de la lista eran más numerosos que de costumbre. Las sopas eran más livianas; había desaparecido el cerdo de entre los antipastos y sólo figuraba, con nabos, en la sección "Parrilla". El gracioso espíritu de la primavera impregnaba todo el menú. Los corderos que poco antes brincaban en las verdes colinas habían entrado en explotación, con una salsa que conmemoraba sus cabriolas. El canto de la ostra, aunque no acallado, estaba *diminuyendo con amore*. La sartén parecía pender inactiva tras las barras benéficas de la parrilla. La lista de pasteles se había henchido; los budines más sustanciosos ya no existían, y los embutidos, con todas sus vestiduras, perduraban apenas en una agradable catalepsia, con los alforfones y el dulce pero malhadado jarabe de arce.

Los dedos de Sara bailaban como los mosquitos sobre un arrollo estival. De plato en plato, fue dando a cada uno su sitio exacto, según la longitud del nombre, calculando con ojo experto.

Antes del postre venía la lista de verduras: zanahorias y arvejas, espárragos sobre pan tostado, los perennes tomates, maíz, chauchas, repollo y...

Sara estaba llorando sobre su lista de platos. Desde las profundidades de alguna sagrada desesperación, las lágrimas se elevaron en su corazón y se le agolparon en los ojos. Bajó la cabeza sobre la pequeña máquina de escribir, y el teclado matraqueó un seco acompañamiento a sus húmedos sollozos.

Pues no había recibido carta de Walter en las dos últimas semanas, y el siguiente plato del menú era diente de león... diente de león con huevos... ¡Pero a quién le importaban los huevos! Diente de león, con cuyos dorados pimpollos la había coronado Walter, nombrándola su reina de amor y futura esposa. Dientes de león, los heraldos de la primavera, la corona de espinas de su tristeza, remembranza de días más felices.

Señora, la desafió a sonreír en medio de esta prueba. Que le sirvan en ensalada, con aderezo francés, las rosas finísimas que le trajo Percy la noche en que usted le dio su corazón. Si Julieta hubiera visto así deshonorados los testimonios de su amor, tanto antes habría ansiado las hierbas letales del buen boticario.

Pero ¡Qué bruja es la primavera! Era preciso enviar un mensaje a la fría metrópolis de piedra y acero. No había quién lo llevara, salvo el pequeño y resistente mensajero de los campos, el de toско abrigo verde y aspecto humilde. Era un verdadero soldado de la fortuna, este diente de león. Florido, será asistente del amor, enredado en la cabellera

castaña de mi dama; joven, imberbe y sin flor, entra en la cacerola y transmite la palabra de su soberana.

Poco a poco, Sara contuvo las lágrimas. Había que escribir los menús. Sin embargo, demorada todavía un leve, dorado resplandor de flores amarillas, golpeó distraídamente las teclas de la máquina por un ratito, con la mente y el corazón en la pradera de su joven granjero. De todos modos, pronto regresó a las rocosas laderas de Manhattan; entonces los tipos metálicos empezaron a saltar como un automóvil en carrera a campo traviesa.

A las seis de la tarde, el mozo le trajo la cena y se llevó las tarjetas mecanografiadas. Sara dejó a un lado, suspirando, el plato de dientes de león con su corona de huevos. Tal como esa masa oscura se había transformado, de una flor brillante, sostenida por el amor, en una ignominiosa verdura, así sus esperanzas estivales se marchitaban y perecían. Como decía Shakespeare, el amor puede alimentarse a sí mismo, pero Sara no se podía decidir a comer plantas que, como adorno, habían agraciado el primer banquete espiritual de su corazón.

A las 7.30, la pareja del cuarto vecino empezó a discutir; el hombre del cuarto de arriba buscaba un Do en su flauta; la luz de gas perdió un poco de potencia; tres carros de carbón empezaron a descargar... único ruido que pone celoso al fonógrafo; los gatos de las cercas traseras se retiraron lentamente hacia otros vecindarios. Estas señales indicaron a Sara que era hora de leer. Sacó *El claustro y el hogar* (el libro menos vendido del mes), apoyó los pies en su arcón y empezó a divagar con Gerard.

En eso oyó el timbre de la puerta principal. Atendió la propietaria, pero Sara abandonó a Gerard y a Danys, acorralados en un árbol por un oso, para prestar atención. ¡Oh, por supuesto, ustedes hubieran hecho lo mismo!

Y entonces se oyó una fuerte voz en el vestíbulo de abajo. Sara brincó hacia la puerta, dejando el libro en el suelo y al oso como fácil vencedor del primer encuentro.

Sí, adivinó usted. Apenas había llegado a la escalera cuando apareció su granjero, subiendo los escalones de a tres, y la segó limpiamente, sin dejar nada a los espigadores.

-¿Por qué no me escribiste? ¿Por qué? -gritó Sara.

-Nueva York es una ciudad bastante grande -observó Walter Franklin-. Llegué hace una semana y fui a la dirección que me habías dado. Allí me dijeron que te habías retirado un jueves. Eso me consoló, porque eliminaba la posible mala suerte del viernes. ¡Pero eso no quita que te haya estado buscando desde entonces con la policía y todo!

-¡Yo te escribí! -afirmó Sara, vehemente.

-¡No recibí nada!

-¿Y cómo me encontraste?

El joven granjero esbozó una sonrisa de primavera.

Esta tarde entré a ese restaurante de al lado. Y no me importa decirlo: a esta altura del año me gusta comer un plato de verduras. Estaba buscando algo que me agradara en ese lindo menú, tan bien mecanografiado, pero en cuanto pasé el repollo volteé la silla y llamé al propietario a grito pelado. Él me dio tu dirección.

-Me acuerdo -suspiró Sara, feliz-. Después del repollo había diente de león.

-En cualquier sitio del mundo sería capaz de reconocer esa W mayúscula, elevada sobre la línea, que hace tu máquina de escribir -dijo Franklin.

-Pero si “diente de león” no se escribe con W -exclamó ella, sorprendida.

El joven sacó el menú del bolsillo y señaló un renglón. Sara reconoció entonces la primera tarjeta que había mecanografiado esa tarde. Aún se notaba la mancha irregular, en la esquina superior derecha, dejada por una lágrima caída. Pero sobre la mancha, donde hubiera debido leerse el nombre de la planta de las praderas, el insistente recuerdo de sus capullos dorados había hecho que sus dedos operaran teclas extrañas.

Entre el repollo colorado y los pimientos verdes rellenos figuraba el plato:

QUERIDÍSIMO WALTER, CON RODAJAS DE HUEVO
DURO.

Tragedia en Harlem

Harlem. La señora Fink acaba de entrar en casa de la señora Cassidy, que vive en el piso debajo del suyo.

-¿Has visto qué hermosura? -dijo la señora Cassidy.

Volvió el rostro con orgullo para que su amiga la señora Fink pudiese verlo. Tenía uno de los ojos casi cerrado, rodeado por un enorme moretón de un púrpura verdoso. También tenía un corte en el labio, que le sangraba un poco, y a ambos lados del cuello se veían marcas rojas de dedos.

A mi marido no se le ocurriría jamás hacerme una cosa semejante -manifestó la señora Fink, tratando de ocultar su envidia.

-Yo no viviría con un hombre -declaró la señora Cassidy- que no me pegase al menos una vez a la semana. Eso demuestra que te tiene por algo. ¡Aunque esta última dosis que me ha dado Jack no se puede decir que haya sido con cuentagotas! Todavía veo las estrellas. Pero será el hombre más dulce de la ciudad durante toda la semana, como indemnización. Este ojo vale lo suyo a cambio de unas entradas de teatro y una blusa de seda.

-Me atrevo a esperar -dijo la señora Fink, simulando complacencia- que el señor Fink sea demasiado caballero para atreverse jamás a ponerme la mano encima.

-¡Venga ya, Maggie! -dijo riéndose la señora Cassidy, mientras se untaba el ojo con linimento de avellano-, lo que pasa es que tienes envidia. Tu viejo está demasiado cascado y es demasiado lento para darte un puñetazo. Se limita a sentarse y a hacer gimnasia con un periódico cuando llega a casa. ¿O no es verdad?

-Es cierto que el señor Fink se embebe en los periódicos cuando llega -reconoció la señora Fink, asintiendo con la cabeza-; pero también es cierto que jamás me toma por un Steve O'Donnell sólo para divertirse, eso desde luego que no.

La señora Cassidy se rió con la risa satisfecha de la matrona feliz y protegida. Con el aire de una Cornelia exhibiendo sus joyas, se bajó el cuello del quimono y descubrió otro hematoma allí atesorado, de color marrón y con un cerco naranja y oliváceo. Un buen cardenal sin lugar a dudas, pero que sin embargo sería recordado con amor por su valía.

La señora Fink se rindió. Su ceremoniosa mirada se suavizó para convertirse en envidia y admiración. Ella y la señora Cassidy habían sido compañeras de trabajo en la fábrica de papel del sur de la ciudad antes de casarse, hacía un año.

Ahora, ella y su hombre ocupaban el piso de arriba del de Mame y el suyo. Así que no podía andar fingiendo con su amiga.

¿Y no te duele cuando te zurra? -preguntó con curiosidad la señora Fink.

¡Dolerme! -exclamó la señora Cassidy lanzando un grito de gozo con su voz de soprano-. Dime, ¿se te ha caído alguna vez encima una casa de ladrillo? Bueno, pues eso es lo que se siente; como cuando te están desenterrando de entre los cascotes. Jack tiene una izquierda que vale por dos sesiones de tarde y un nuevo par de zapatos Oxford, ¡y no digamos su derecha! Su derecha supone un viaje a Coney Island y seis pares de carretes de encaje de seda escocesa calada como desagravio.

-Pero ¿por qué te pega? -preguntó la señora Fink con los ojos muy abiertos.

-¡Qué tonta eres! -exclamó la señora Cassidy con indulgencia . Pues porque viene cargado. Suele ser los sábados por la noche.

-Pero ¿qué motivo le das tú? -insistió la señora Fink empecinada en su pesquisa.

-¿Pues no me he casado con él? Jack llega borracho y yo estoy aquí, ¿no? ¿A quién más tiene derecho a pegar? ¡Y que no lo coja yo pegando a ninguna otra persona! A veces es porque la cena no está lista, y a veces porque sí. Jack no anda mirando los motivos. Simplemente se pone a beber hasta que se acuerda de que está casado, y entonces se viene para casa y la toma conmigo. Los sábados por la noche aparto los muebles con esquinas picudas para no abrirme la cabeza cuando pone manos a la obra. ¡Tiene un gancho de izquierda que te deja temblando! A veces me doy por vencida en el primer asalto; pero cuando tengo

ganas de divertirme durante la semana, o me apetece algún trapito nuevo, entonces me levanto para que me siga castigando. Eso es lo que hice anoche. Jack sabe que llevo un mes deseando una blusa de seda, y no me pareció que un ojo morado fuese suficiente para conseguirla. Te voy a decir una cosa, Mag, apuesto lo que quieras a que me la trae esta noche.

La señora Fink estaba sumida en profundos pensamientos.

-Mi Mart -dijo- no me ha dado una paliza en su vida. Es como tú has dicho, Mame; llega a casa de mal humor y no dice ni una sola palabra. Nunca me lleva a ningún sitio. Por toda diversión se dedica a hacer en casa de calientasillas. Me compra cosas, pero lo hace con aire tan abatido que nunca las aprecio.

La señora Cassidy rodeó a su amiga con el brazo.

-¡Pobrecita mía! -dijo-. Pero es que no todo el mundo puede tener un marido como Jack. El matrimonio no sería un fracaso si todos fueran como él. Todas esas mujeres descontentas de las que se habla lo único que necesitan es un hombre que llegue a casa y les dé una paliza una vez a la semana, para convertirla luego en besos y crema de chocolate. Eso les daría alguna ilusión de vivir. Lo que yo quiero es un hombre dominante que te zurra cuando llega de juerga y te abraza cuanto está sereno. ¡Que Dios me libre del hombre que no tiene agallas para hacer ninguna de las dos cosas!

La señora Fink suspiró.

De repente se oyeron ruidos en el vestíbulo. La puerta se abrió al instante ante la patada del señor Cassidy. Traía los brazos cargados de paquetes. Mame voló hacia él y le echó los brazos al cuello. Su ojo morado resplandecía con la luz de amor que brilla en los ojos de la doncella maorí cuando

recobra el sentido en la cabaña después de haber sido golpeada y arrastrada hasta allí por su pretendiente.

-¡Hola, guapísima! -exclamó el señor Cassidy.

Dejó los paquetes y la levantó en volandas con un poderoso brazo.

-Tengo entradas para el circo Barnum and Bailey's, y si deshaces uno de esos paquetes es muy posible que encuentres esa blusa de seda que querías... Perdón, señora Fink, muy buenas tardes, no la había visto a usted. ¿Cómo anda el bueno de Mart?

-Muy bien, señor Cassidy, muchas gracias -dijo la señora Fink-. Y ahora tengo que subir ya. Mart llegará pronto a cenar. Mañana te traeré el patrón que querías, Mame.

La señora Fink subió a su casa y se echó a llorar un poco. Era el suyo un llanto sin sentido, ese tipo de llanto que sólo entienden las mujeres, un llanto enteramente absurdo, sin una causa concreta, el más efímero y desesperado de todos los llantos que existen en el repertorio del dolor. ¿Por qué Martin no la había golpeado nunca? Era tan alto y tan fuerte como Jack Cassidy. ¿Es que ella no le importaba nada? Nunca discutía; llegaba a casa y se dejaba caer a la bartola, callado, taciturno, inmóvil. Era un proveedor relativamente decente, pero nada sabía del picante de la vida.

El barco de sueños de la señora Fink estaba en calma chicha. Su capitán iba de su budín de pasas a su hamaca. ¡Si al menos hiciese temblar las cuadernas o le diese patadas al alcázar de vez en cuando! ¡Y ella que había soñado con zarpar alegremente, llegando a tocar puerto en las islas Deliciosas! Pero ahora, para variar, estaba dispuesta a tirar la toalla, exhausta, con un rasguño como toda muestra de aquellos asaltos mansos e insípidos de

combate simulado. Por un instante, casi llegó a odiar a Mame, a Mame con sus heridas y moretones, con su bálsamo de regalos y besos, embarcada en aquel tormentoso viaje junto a su pendenciero, brutal y enamorado compañero.

El señor Fink llegó a casa a las siete. Venía impregnado de la maldición de la domesticidad. No le interesaba lo más mínimo andar vagando más allá de los límites del portal de su cómodo hogar. Era el hombre que ya ha tomado el tranvía, la anaconda que ha engullido su presa, el árbol que yace allí donde cae.

¿Te gusta la cena, Mart? -preguntó la señora Fink, que se había afanado en ella.

-No está mal -gruñó el señor Fink.

Después de cenar se puso a leer los periódicos. Se sentó con los calcetines al aire, sin zapatos.

¡Despierta, oh nuevo Dante, y dime cuál será el rincón de perdición más apropiado para el hombre que se sienta en su casa en calcetines! Hermanas de la Paciencia que, obligadas por las ataduras o el deber, lo han inmortalizado en seda, hilo, algodón o lana, ¿no pertenece a ellas el nuevo canto?

El día siguiente era el Día del Trabajo. Las ocupaciones del señor Cassidy y el señor Fink cesaban durante una jornada del sol. El trabajo, triunfante, desfilaría por las calles y, por otra parte, encontraría una expansión.

La señora Fink bajó temprano a casa de la señora Cassidy con el patrón. Mame tenía puesta su blusa de seda nueva. Incluso su ojo morado se las arreglaba para lanzar un destello festivo. Jack mostraba su fructífera penitencia, y ante ellos se abría un día de regocijo, lleno de parques, meriendas al aire libre y cerveza rubia.

Una creciente e indignada envidia fue apoderándose de la señora Fink mientras volvía a casa. ¡Ay, la feliz Mame, con sus golpes y su inmediato bálsamo calmante! ¿Pero es que Mame había de tener el monopolio de la felicidad? No cabía duda alguna de que Martin Fink era tan buen hombre como Jack Cassidy. ¿Iba su esposa a vivir siempre sin un palo ni una caricia suya? Una idea súbita y brillante que la dejó sin aliento se le ocurrió de repente a la señora Fink. Le demostraría a Mame que había maridos tan capaces de usar sus puños, y quizá de mostrarse tan tiernos después como cualquier Jack.

El día de fiesta parecía que de fiesta sólo iba a tener el nombre en casa de los Fink. La señora Fink tenía las pilas de la cocina llenas de ropa sucia de dos semanas que había estado en remojo toda la noche. El señor Fink, en calcetines, estaba leyendo el periódico. Así es como la fiesta del Trabajo amenazaba transcurrir.

La envidia se encendió vivamente en el corazón de la señora Fink, y más vivamente aún nació una resolución audaz. Si su hombre no le había pegado nunca, si todavía no había demostrado su hombría ni sus prerrogativas ni su interés por los asuntos conyugales, habría de ser incitado a cumplir con su deber.

El señor Fink encendió la pipa y se frotó pacíficamente un tobillo con el otro pie, enfundado en su calcetín. Permanecía en la vida conyugal como un grumo de mantequilla en un pastel mal revuelto. Aquél era su Eliseo horizontal: sentado cómodamente, ceñía con sus manos, negligentemente, un mundo de letra impresa; y mientras tanto le llegaban los ruidos de su esposa chapoteando al lavar y los agradables olores de los recién retirados platos del desayuno y los de la comida por venir. Había muchas ideas alejadas de su mente, pero la más alejada de todas era la de pegar a su mujer.

La señora Fink abrió el agua caliente y metió las tablas de lavar en las pilas. Del piso de abajo le llegó la alegre risa de la señora Cassidy. Sonaba como un sarcasmo, como una ostentación de su propia felicidad en la mismísima cara de la intocada novia del piso de abajo. Ahora le tocaba a la señora Fink.

De repente se volvió como una furia hacia el hombre enfrascado en su lectura.

-¡Escucha, maldito gandul! -gritó-. ¿Es que tengo que ajarme las manos lavando como una esclava por tu cara bonita? ¿Eres un hombre o un perrito faldero?

El señor Fink dejó caer el periódico, paralizado por la sorpresa. Ella temió que no fuese a pegarle, que la provocación hubiera sido insuficiente. Se lanzó hacia él y lo golpeó ferozmente en la cara con el puño cerrado. En aquel instante sintió un estremecimiento de amor por él, que hacía mucho tiempo que no sentía. ¡Levántate, Martin Fink, y entra en tu reino! ¡Ahora tenía que sentir sobre ella el peso de su mano, para demostrarle que la quería, sólo para demostrarle que la quería!

El señor Fink se puso en pie de un salto y Maggie volvió a golpearlo en la quijada con un fuerte impulso de la otra mano. Cerró los ojos en aquel momento de bienaventurado temor que precedía a su esperado ataque, susurró su nombre para sus adentros, y se inclinó para recibir el deseado golpe, hambrienta de recibirlo.

En el piso de abajo, el señor Cassidy, con un rostro avergonzado y contrito, estaba empolvándole el ojo a Mame, preparándola para su tarde de juerga. Del piso de arriba llegó el sonido de una voz femenina que gritaba, y se oyó una sacudida, un tropezón y un arrastrar de algo, una silla volcada, signos indiscutibles de un conflicto doméstico.

-¿Mart y Mag zurrándose? -apuntó el señor Cassidy-. No sabía que se entregasen a esas cosas. ¿Subo a ver si necesitan un árbitro?

Uno de los ojos de la señora Cassidy resplandeció como un diamante. El otro lanzó al menos un destello de bisutería.

-Huy, huy -dijo con suavidad y sin significado aparente, con ese tono femenino como de jaculatoria-. ¡A lo mejor, a lo mejor...! Espera, Jack, que voy a subir a ver.

Corrió escaleras arriba. Mientras cruzaba el vestíbulo del piso de arriba, la señora Fink salió de su casa por la puerta de la cocina, como un salvaje torbellino.

-¡Maggie! -exclamó la señora Cassidy, con un suspiro de placer-. ¿Lo ha hecho? ¿Dime, lo ha hecho?

La señora Fink corrió a esconder la cabeza en el hombro de su amiga y se puso a sollozar desesperadamente.

La señora Cassidy cogió el rostro de Maggie entre sus manos y lo levantó con dulzura. Estaba bañado en lágrimas, pálido y enrojecido, pero su superficie aterciopelada, blanca y rosa que iba llenándose de manchas, no tenía ni un rasguño, ni un golpe, ni había sido mínimamente desfigurada por el cobarde puño del señor Fink.

-Dime algo, Maggie -le suplicó Mame-, o si no entraré ahí para averiguarlo. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño, qué te ha hecho?

La cara de la señora Fink volvió a hundirse desesperadamente en el hombro de su amiga.

-Por lo que más quieras, Mame, no abras esa puerta -sollozó-. Y nunca se lo digas a nadie, guárdatelo para ti sola. No ha... no ha llegado a tocarme siquiera, y está... ¡Ay, Dios mío!, está lavando la ropa, ¡está lavando la ropa!

Un amante tacaño

En el Gran Almacén había tres mil chicas. Masie era una de ellas. Tenía dieciocho años y era vendedora en la sección de guantes de caballero. Allí fue donde aprendió a distinguir dos variedades de seres humanos: la de los caballeros que se compran los guantes en almacenes, y la de las mujeres que les compran guantes a caballeros desafortunados. Además de tan vasto conocimiento acerca de la especie humana, Masie había adquirido información por otras vías. Había prestado oídos a la sabiduría promulgada por las 2999 chicas restantes, y la había almacenado en un cerebro que era tan cauto y reservado como el de un gato maltés. Es posible que la Naturaleza, previendo que iban a faltarle sabios consejeros, hubiese mezclado el ingrediente salvador de la perspicacia junto con su belleza, tal como ha dotado al zorro plateado de una piel de inapreciable valor al tiempo que le ha dado una astucia superior a la de los otros animales.

Porque Masie era muy guapa. Tenía el pelo de un rubio intenso, y poseía la serena elegancia de la dama que hace pasteles de mantequilla en un escaparate. Permanecía de pie detrás del mostrador en el Gran Almacén; y cuando uno cerraba la mano sobre la cinta métrica para saber su talla de guantes recordaba a Hebe, y al mirarla de nuevo uno se preguntaba cómo habría logrado apoderarse de los ojos de Minerva.

Cuando el jefe de planta no estaba mirando, Masie mascaba tutti-frutti; cuando miraba, levantaba la vista como quien está contemplando las nubes y sonreía melancólicamente.

Esa es la sonrisa de la dependienta, y yo incito al lector a rehuirla a menos que se encuentre bien fortalecido por callosidades en el corazón, caramelos y una simpatía especial hacia las cabriolas de Cupido. Aquella sonrisa pertenecía a las horas de recreo de Masie y no al almacén, pero el jefe de planta se merece la suya. Es el Shylock de los almacenes. Cuando aparece olisqueándolo todo, el puente de su nariz es un pontazgo. Los ojos se le vuelven viscosos cuando mira a una chica guapa. Claro que no todos los jefes de planta son así. Hace apenas unos días apareció en el periódico la noticia de que había uno que pasaba de los ochenta años.

Un día, Irving Carter, pintor, millonario, viajero, poeta y automovilista, entró casualmente en el Gran Almacén. Tenemos hacia él la obligación de añadir que aquella visita no fue voluntaria. El deber filial lo agarró por el cuello y lo arrastró hacia dentro, mientras su madre mariposeaba entre las estatuillas de bronce y terracota.

Carter se dirigió a grandes zancadas hacia el mostrador de los guantes con objeto de matar unos minutos en aquella sección. Su necesidad de guantes era genuina; se había olvidado sacar un par a la calle. Pero su acción no necesita ser disculpada, porque nunca había oído hablar de los flirteos del mostrador de guantes.

Mientras se acercaba a su destino, tuvo un momento de duda, súbitamente consciente de aquella faceta desconocida de la profesión menos respetable de Cupido.

Tres o cuatro tipos chabacanos, vestidos con estridencia, se apoyaban en los mostradores, luchando con aquellos cubremanos que les servían de intermediarios, mientras las chicas, entre risitas nerviosas, arrancaban vivaces acordes para sus contrincantes en la tirante cuerda de la coquetería. Carter había retrocedido, pero ya había llegado

demasiado lejos. Masie lo miraba de frente detrás de su mostrador, con una mirada interrogante en los ojos, tan fría, hermosa y cálidamente azul como el destello del sol de verano sobre un iceberg a la deriva por los mares del Sur.

Y entonces Irving Carter, pintor, millonario y todo lo demás, sintió que un cálido rubor le subía a su rostro de aristocrática palidez. Pero no era por timidez. Aquel rubor tenía un origen intelectual. Supo en un instante que se encontraba formando parte de las filas de jóvenes hechos en serie que pretendían a las chicas que les atendían entre risitas tras los otros mostradores. Él mismo se apoyó en la madera de roble de aquel punto de cita elegido por un Cupido cockney, con el corazón anhelando los favores de una dependienta de guantes. No era más que Bill o Jack o Mickey. Y de repente sintió hacia ellos una súbita tolerancia y un regocijante y valiente desprecio por las convenciones de las que se había alimentado, así como una irrevocable determinación de poseer a aquella criatura perfecta.

Cuando los guantes estuvieron pagados y envueltos, Carter se demoró unos instantes. Los hoyuelos se hicieron más profundos en la boca de damasco de Masie. Todos los caballeros que compraban guantes remoloneaban de igual forma. Dobló un brazo, que parecía el de Psique a través de la manga de su blusa, y apoyó un codo en el borde de la vitrina.

Carter no se había encontrado nunca hasta entonces en una situación de la que no hubiese sido dueño absoluto. Pero ahora su torpeza, allí de pie, era mucho mayor que la de Bill o Jack o Mickey. No tenía posibilidad alguna de conocer a aquella muchacha en sociedad. Su mente luchó por recordar la naturaleza y costumbres de las dependientas según sus lecturas o lo que había oído contar. En cierta forma se había hecho la idea de que a veces no se mostraban muy estrictas en su exigencia de formalidad

respecto a los habituales métodos de presentación. El corazón le latió con fuerza al pensar en proponerle una cita informal a aquel ser adorable y virginal. Pero el tumulto de su corazón le dio coraje.

Después de unos cuantos comentarios amables y bien recibidos sobre temas generales, dejó caer su tarjeta sobre el mostrador junto a la mano de la muchacha.

-Hará el favor de disculparme -dijo- si me muestro demasiado atrevido, pero espero sinceramente que me conceda usted el placer de volver a verla. Aquí tiene mi nombre, y le aseguro que es con todo mi respeto que le pido el favor de convertirme en uno de sus ami... de sus conocidos. ¿Puedo esperar ese privilegio?

Masie conocía a los hombres, sobre todo a los que compran guantes. Lo miró sin vacilación y con franqueza, y con una sonrisa en los ojos le dijo:

-Claro que sí. Creo que es usted perfectamente correcto. Sin embargo, no acostumbro salir con caballeros desconocidos. No me parece que sea muy decente para una dama. ¿Cuándo querría volver a verme?

-Lo antes posible -respondió Carter-. Si me permitiese ir a buscarla a su casa, yo... -Masie se rió musicalmente.

-¡No, por Dios! -exclamó-. ¡Si viera usted nuestro piso! Vivimos cinco en tres habitaciones. ¡Me gustaría ver la cara que pondría mamá si se me ocurriese llevar allí a un caballero!

-Entonces, en cualquier lugar -dijo el enamorado Carter- que a usted le parezca apropiado.

-Mire -sugirió Masie, con súbita inspiración en su rostro atractivo como un melocotón-, creo que la noche del jueves me vendrá bien. ¿Qué le parece si nos vemos en la esquina

de la Octava Avenida con la calle Cuarenta y Ocho a las siete y media? Vivo cerca de esa esquina. Pero tengo que volver a las once a casa. Mamá nunca me deja llegar después de esa hora.

Carter le prometió agradecido acudir a la cita y luego volvió apresuradamente junto a su madre, que lo estaba buscando para que le diese el visto bueno a su compra de una Diana de bronce.

Una dependienta, de ojos pequeños y nariz obtusa, corrió junto a Masie con una sonrisa de amistosa malicia.

-¿Has tenido éxito con sus nudillos, Masie? -preguntó con familiaridad.

-El caballero me ha pedido permiso para verme -contestó Masie, dándose importancia, mientras deslizaba la tarjeta de Carter en el escote.

-¡Permiso para verte! -repitió la de los ojillos, con una risa disimulada-. ¿Y dijo algo acerca de una cena en el Waldorf y un paseo en su coche después?

-¡Cállate ya! -repuso Masie con cansancio-. Ni que te hubieras pasado la vida entre cosas elegantes. Se te ha hinchado la cabeza desde que aquel aguador te llevó a un figón chino. No, no mencionó el Waldorf en ningún momento, pero en su tarjeta hay una dirección de la Quinta Avenida, y si me invita a cenar puedes apostar lo que quieras a que el camarero que nos atienda no llevará coleta.

Mientras Carter se alejaba del Gran Almacén en compañía de su madre conduciendo su bólido eléctrico, se mordía el labio con un sórdido dolor en el corazón. Sabía que el amor había llegado a él por vez primera en sus veintinueve años de vida. Y que el objeto de sus desvelos hubiese aceptado tan rápidamente una cita con él en una esquina de la calle,

aun cuando se tratara de un paso hacia sus deseos, le torturaba con recelos.

Carter no conocía a las dependientas. No sabía que su casa es casi siempre una habitación diminuta casi inhabitable, o bien un domicilio lleno hasta rebosar de parientes y amigos. Las esquinas son su recibidor, el parque su salón, la avenida su paseo por el jardín y, sin embargo, la mayor parte de ellas son tan inviolables dueñas de M. mismas como lo es mi esposa encerrada en su cámara llena de tapices.

Una tarde, al anochecer, dos semanas después de su primer encuentro, Carter y Masie caminaban del brazo hacia un pequeño parque débilmente iluminado. Encontraron un banco, bajo la sombra de un árbol y bastante apartado, y se sentaron allí.

Por primera vez el brazo de él la rodeó suavemente. La cabeza de dorado bronce de Masie se deslizó para apoyarse sobre su hombro.

-¡Qué bien...! -suspiró Masie agradecida-. ¿Cómo no se te ha ocurrido esto antes?

-Masie -dijo Carter con serenidad-, creo que sabes que te quiero. Te pido con toda sinceridad que te cases conmigo. Ya me conoces bien a estas alturas para no dudar de mí. No me importa nuestra diferencia de nivel social.

-¿Qué diferencia? -preguntó Masie con curiosidad.

-Bueno, ninguna en realidad -dijo rápidamente Carter-, excepto la que hay en la mente de los tontos. Puedo ofrecerte una vida llena de lujos. Mi posición social está fuera de toda duda, y mis medios económicos son muy holgados.

-Todos dicen eso -replicó Masie-. Es el cebo que ponen todos. Supongo que en realidad trabajas en una tienda de manjares exquisitos o juegas a las carreras. No soy tan ingenua como parezco.

-Puedo suministrarte cuantas pruebas quieras -ofreció Carter amablemente-. Y te quiero, Masie. Me enamoré de ti desde el primer día.

-A todos les pasa igual -dijo Masie con una risa divertida-, según dicen. Si encontrase un hombre que se prendase de mí al tercer día creo que me pegaría a él como una lapa.

-No digas esas cosas, por favor -suplicó Carter-. Escúchame, amor mío. Desde la primera vez que te miré a los ojos, has sido para mí la única mujer del mundo.

-¡Venga, no me tomes el pelo! -sonrió Masie-. ¿A cuántas chicas más les has dicho lo mismo?

Pero Carter insistió. Y a la larga acabó por llegar a la frágil y emocionada alma de la dependienta, que se escondía en algún lugar profundo de su adorable regazo. Sus palabras penetraron el corazón cuya enorme ligereza era su armadura más segura. Ella lo miró con ojos penetrantes y un cálido rubor apareció en sus frescas mejillas. Temblando, temerosa, cerró sus alas de mariposa nocturna, y parecía dispuesta a posarse sobre la flor del amor. Un débil y trémulo resplandor de vida y sus posibilidades al otro lado de su mostrador de guantes amaneció sobre ella. Carter notó el cambio y aprovechó la ocasión.

-Cástate conmigo, Masie -susurró suavemente- y nos marcharemos de esta horrible ciudad a otras más hermosas. Olvidaremos el trabajo y los negocios, y la vida será una vacación eterna. Sé dónde quiero llevarte, he estado allí muchas veces. Piensa en una costa en la que el verano es eterno, donde las olas se rizan sin cesar sobre la